

La Perenne Juventud de Diego Dublé Urrutia

por Ernesto MONTENEGRO

sucesos. Cuando Dublé publica "Veinte Años", acaba justamente de cumplirlos y le zumban todavía en la cabeza, como abejas en un asoleado día de primavera, los versos de Heine en las traducciones de Llorente y Pérez Bonalde, en concierto con las Rimas becquerianas. De los claustros del Instituto Nacional va a pasar por los patios interiores a las oficinas de la Universidad y el gran salón del Ateneo, donde el celo catequizador de Samuel Lillo ha juntado una corta legión de escribientes que llevan en su mochila una patente provisional de escritores. En las sesiones públicas del Ateneo, de 1900 adelante, se dan a conocer de cuerpo presente la mayoría de los novelistas y poetas que hallarán su consagración en las fiestas del Centenario Nacional, pero que llevarán como anticipo una obra identificada ya en sus líneas generales por un cierto sentido de responsabilidad social y de renovación artística.

A las veinticinco años de edad, en 1903, Diego Urrutia publica "Del Mar a la Montaña", donde ratifica en versos jugosos y bien granados las promesas que había ya en germen en sus poesías juveniles, tales como aquella de las Tierras Viejas. Su temprana madurez se aquilata en el armonioso equilibrio de su expresión con el pensamiento, que alcanza una intensidad antes no lograda en las letras nacionales con su "Narcisa", a la par que en la "Herencia Perdida" y en la "Procesión de San Pedro", donde el genio nacional se manifiesta en la feliz concordancia de la emoción y el humorismo del carácter criollo.

Dublé a los veinticinco años es un mozo espigado y flexible como una caña de coligüe o de canelo, siempre vibrante y arrebatado, verboso y sarcástico de expresión. Su palabra rebota por los altos corredores del claustro universitario y su silueta dibuja remolinos bajo las alas palpitantes de su capa castiza. Pero esta apariencia histriónica tiene por contrapeso un espíritu sensitivo y una inteligencia avizora. En su poema de las minas carboneras de la bahía de Arauco se siente el eco anticipado del clamor que oiremos años más tarde en el "Sub-terra" de Baldomero Lillo; y cuando repasamos esos versos de Dublé que nos hablan de

Román, pastor de ovejas, labriego
(soñoliento,
las muertas horas pasa tendido en
(las praderas,
mirando cómo vuelan, llevadas por
(el viento,
del cardo campesino las plúmulas
(viajeras.

Las frágiles plumillas que el car-
(do da al ambiente
le han dicho en un lenguaje que
(tu hijo entiende ya;
conmigo va lo eterno, que llevo la
(simiente:
le errante, le que pasa, conmigo
(también va.

¿Y quién podría ser tan sordo para no percibir ahí también la voz persuasiva y el gesto arrebatador de su camarada Thomson d'Halmar, devanando desde lo alto de la tribuna del Ateneo la prosa unciosa de las aventuras de un capullo de vilanos que se han soltado a volar por los campos de un país fabuloso?

LA TERNURA FILIAL

No es tan difícil dar con el secreto de la vitalidad perenne de los mejores versos de Dublé Urrutia y de su influencia germinal en la poesía chilena. Ese secreto está a mi ver en ese amasijo de orgullo y humildad que hay en todo hombre de corazón, vale decir, en el poeta de verdad. Lo hemos visto en Heine, lo vimos más tarde en José Asunción Silva donde el sentimiento de aquél se condensa al

contacto de Goethe. Por el orgullo que nos libra de la imitación servil, reservando así la originalidad del pensar, y por la humildad que nos manda someternos a la voz de la tierra nativa, que se expresa en el acento maternal de la tradición, el poeta alcanza esa virtualidad de expresión que al ennoblecir las palabras elementales de la lengua materna nos pone en comunicación directa con nuestra gente, aun con aquellos que no hayan aprendido a leer. En virtud de esa penetración con el lenguaje viviente, nosotros los chilenos nos sentimos en comunión con los poetas que han sabido preservar esta virginidad del lenguaje, que hace contemporáneos nuestros, desde Jorge Manrique, Lope, García Lorca, a Dublé Urrutia, Pezoa Véliz, Oscar Castro y Juan Guzmán Cruchaga.

En esta virtud de la comunidad de una tradición, la obra de Dublé Urrutia aparece cimentando nuestro pasado y ligándolo al presente y al porvenir. Para confirmar esta unidad de afectos, no es siquiera necesario levantar la voz hasta el grito ensordecedor de la arenga patriótica, pues resulta más respetuoso mantenerla en el tono lírico y confidencial. Para conmemorar dignamente a los que entregaron nada menos que su vida por la patria, suena impertinente asumir el tono desaforado de la oración marcial, según lo estableció para siempre Tucídides por boca de Pericles y lo refrendó Lincoln casi con las mismas palabras en su sobria declaración de Gettysburg. En cambio, si un poeta despierta las memorias íntimas del hombre que ha corrido mundo sin dejar un día de sentir la ausencia de su tierra, le habrá bastado con mirar dentro de su propia naturaleza, como hizo Dublé en sus versos de la madurez, que su camarada y admirador Pezoa Véliz sentía como cosa propia, a pesar de no haber salido jamás de su suelo natal. He aquí esa evocación mágica de la tierra:

Ha llovido, mas brilla el sol ahora
en el azul profundo. Cielo arriba
lenta pasa una banda viajadora
de nubes, con andares de cautiva;
de distantes corrales y senderos
surgen gritos velados de boyeros
iracundos, clamores pastorales
que retumban por quiebros y ta-
(piales.
Todo está húmedo y fresco; los
(aleros
gotean; flota el vaho en los trigra-
(les.

La emoción del paisaje está ahí, puesto que se halla viva en el recuerdo entrañable del poeta. ¿Qué importa que aparezcan aquí y allá expresiones castizas que suenan como ecos de otras tierras y otros tiempos si el poeta las ha acogido como parte de la herencia común?

EL CICLO HISTORICO

En el incesante peregrinaje de

la carrera diplomática, Dublé Urrutia llega a Roma diez años después de su estreno en el Ateneo. El hombre viene ya de vuelta de sus exploraciones intelectuales. Su espíritu inquieto y afanoso ha pasado del delirio místico de la adolescencia al polo opuesto del anticlericalismo. Con el grave y sesudo Valentin Brandau, en sus días universitarios, han salido por las regiones sin fronteras del pensamiento anárquico, y discurrido en la revista "Panthesis" acerca de abstractos problemas con la ingenuidad simplista de los veinte años. Otros de entre sus camaradas se acercaron a las construcciones abstractas de Ibsen, y planearon una nueva arquitectura de la sociedad, y de las instituciones domésticas, provocando con ello el ingenio de Pedro Emilio Gil, pronto a disparar sus retruécanos como un certero pistoletazo. —¿Conque dices que D'Halmar y sus acólitos se han dado a mascarular monólogos al estilo de Ibsen? ¡Qué ibsensatos!

Ahora Dublé en Roma siente que debe hacer como los romanos, y se aplica a extraer el zumo de la piedad cristiana aposentado entre las piedras del Foro. Tiene cerca a un poeta (Paul Claudel), que viene, asimismo, de vuelta, aunque por otro camino, y en esa alianza de principios éticos e ideas estéticas, la conversión definitiva se opera paulatinamente. El ser humano vuelve a las emociones irracionales de la infancia con la certidumbre ciega con que apunta al nido el pájaro enseñero. Un decenio antes otro poeta de América, también amigo suyo, Guillermo Valencia, de paso por Roma, ha sentido el estruendo de la tempestad de dinamita de fin de siglo, y en su poema de mayor aliento, en "Anarkos", ha llegado a la misma convicción de que la vida no puede ser una presa para disputársela en la arena del circo, y ve asimismo que el símbolo de la concordia apunta al Cristo del Sermón de la Montaña.

Pero la personalidad del hombre es más compleja que cualquier fórmula filosófica. La clara y tersa línea clásica se transparenta en Roma como en todas partes, y a manera de despedida de sus viejos amores de la mitología, Dublé escribe en tercetos del Dante pensamientos inspirados por Marco Aurelio. Su verso es ahora demasiado consciente, su perfección marmórea le resta el temblor de la fe primitiva. Como en su poema "El Caracol", virtuosismo técnico sobrepasa el vuelo tembloroso de la emoción pura. La vieja retórica que los romanos importaron de Grecia llegó hasta ellos sin la plasticidad del verso homérico.

Sin embargo, los que no podemos dejar de ser fieles al valor individual, le tributamos en estos días a Diego Dublé Urrutia un homenaje que ha de ser por eso mismo más sincero y desinteresado, al tocar los 65 años de su carrera literaria.



Don DIEGO DUBLÉ, cuando recibió el Premio Nacional.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

DE ENTRE la media docena escasa de esa "generación del novecientos" que todavía puede firmar su certificado de supervivencia, se destaca por la vitalidad de su obra poética la figura de Diego Dublé Urrutia, quien a los ochenta y tantos años nos queda como la expresión más afortunada de esa chilendad del espíritu y el carácter que aparece como el rasgo distintivo de sus contemporáneos ya idos: Federico Gana, Baldomero Lillo, Carlos Pezoa Véliz y unos cuantos más. Esta feliz coincidencia de una casi milagrosa inmunidad a la acción desgastadora del tiempo, tanto en lo corporal como en la virtud comunicativa de su obra poética, reclamaban un reconocimiento en vida que significó un homenaje más espontáneo que la efusión, rutinaria por lo pareja, de la gaceta póstuma.

Por el momento, dejemos hablar a las cifras. El primer libro de versos de Dublé Urrutia, apareció en 1898, repitió con todas sus letras, mil ochocientos noventa y ocho, con intención notarial. No más de dos o tres de los que escriben en Chile por ese tiempo se preocupaban de nacerlo con la mirada fija y el oído atento a las cosas de la tierra. Angel Pino (Joaquín Díaz Garcés) un muchacho de la condición social de Dublé, tronchado con las viejas familias tradicionales, empieza a publicar en un diario popular, "El Chileno", sabrosos bocetos de costumbres que son brote espontáneo de una simpatía cordial con el espíritu de la tierra y de su gente. Otros hombres de la misma cuerda, como el autor de "Bajo la Tienda", han recogido con igual campechanía rasgos de hombría generosa del hijo del pueblo transformado en guerrero y exaltado a héroe con el ejemplo de jefes tan tozudos como ellos.

¿Y los demás? ¡Ah!, los otros contemporáneos suyos seguían con los ojos clavados en la visión legendaria y mentirosa de Lutecia, vulgo París, y los desechos del esprit gálico que les brindan los cronistas afrancesados, Gómez Carrillo, Manuel Ugarte, Froilán Turcios. Las pequeñas revistas santiaguinas están plagadas con esos pastiches, entre los cuales resaltan, por cierto, las creaciones de los talentos legítimos: Rubén Darío, Lugones, Valencia, José Asunción Silva. Muy cierto es que llegará el día en que Dublé Urrutia se incorpore a la caravana de los trasplantados por la vía de la diplomacia; pero, en su caso como en algunos otros, la ausencia ha de acendrar el recuerdo apasionado de la tierra nativa.

LA UNIVERSIDAD Y EL ATENEO

Entretanto, como decían los viejos novelistas, no adelantemos los